

**Primer concurso LITERARIO SOBRE LA SEGURIDAD COMPARTIDA
DEL CLUB DE SEGURIDAD DE VINCI ENERGIES ESPAÑA**



El verano había concluido de manera inmejorable, tras tres semanas de desconexión total disfrutando de las vacaciones, Miguel había podido al fin recargar las pilas como hacía mucho tiempo que no había podido hacer.

Antes de llegar al trabajo, en el trayecto a pie desde la salida de la estación de metro había recordado el último día de faena antes de las merecidas vacaciones. Perfilando cada tema pendiente, finalizando el parte de trabajo del día anterior y del... ¡último! Haciendo un listado mental y repitiéndolo sin descanso pese que lo tuviera apuntado en la agenda, recordando todo lo que tenía que hacer antes de poder despedirse de sus compañeros. ¡Qué día más largo recordaba!

Ahora caminaba erguido y con una sonrisa interna camino de vuelta a la oficina, mientras rememoraba como ese último día en el trabajo el "stress" del sprint final se había adueñado de él completamente. Si te hubieran llevado ante un juez habría jurado que de las 7:00 de la mañana a las 6:00 de la tarde sólo había pasado un suspiro. Y... ¡sorpresa! Que seguro que se había dejado mil temas pendientes por hacer... Pero todo lo contrario, Miguel siempre había destacado como una persona muy responsable que no dejaba nada al azar. Cuidaba hasta el último detalle, preparaba cada trabajo asignado con una eficiencia que parecía innata, pero nada más lejos de la realidad, había un trabajo constante y tenaz detrás, que con el paso del tiempo sólo hacía que reafirmar el respeto ganado por sus compañeros hacía un trabajador que aunque Miguel nunca se hubiera parado a pensar, era un trabajador modelo en todos los sentidos.

En la empresa aún se recordaba anécdotas vividas con él donde su insistencia había evitado males mayores, como recorrer centenares de kilómetros sin una herramienta específica necesaria y él que estaba en todo, sí llevarla. Como jamás permitir a un compañero tomar un atajo innecesario que ponía en riesgo su vida y de rebote la de sus compañeros. Jamás lo permitió, hasta el punto de ser intransigente ante un riesgo de seguridad.

Aquel día iba a reproducirse esto último, primer día de trabajo y ya a tope, con prisas, tensión, ansiedad:

-Miguel quieres hacer el favor de ¡salir de en medio!, sólo es un momento- Alberto es un buen trabajador, estimado por sus compañeros y respetado por sus superiores, cumple con lo que se le asigna, pero a veces toma "pequeños" atajos...

-Que no Alberto, que no te subes sin arnés a la cesta. A mí no me haces sufrir viéndote desde abajo trabajar con riesgo.- Le dijo Miguel. A lo que Alberto respondió:

-Anda Miguel, que bien sabes que voy con cuidado, y esto sólo es un momento de nada, me estás retrasando tú con tu cantinela que sin todo este palabrerío, ya habría acabado el trabajo, sólo es poner una tapeta allí arriba, son ¡10 segundos! ¡Vamos hombre!

-¡Que no hombre! ¡No pienso dejarte subir ahí arriba, vuelve a ponerte el arnés, yo te lo acerco, ¿dónde lo tienes?!- Miguel insistiéndole, pero Alberto terco, no entraba en razón.

-Miguel tengo el arnés todo sudado, que no seas pesado, no me lo voy a volver a poner para 10 segundos, ya lo he guardado en su funda y desmontado todo, no me hagas perder más el tiempo, no eres más pesado porque es imposible. No me hagas cabrear más.

La cosa se ponía complicada, Alberto y Miguel se aprecian y trabajan ambos muy a gusto cuando les toca ir en el mismo equipo. Alberto empezó a cavilar que en efecto Miguel tenía razón, pero por un orgullo fatuo, era incapaz de dar marcha atrás. Alberto erróneamente pensaba que sería signo de debilidad, según sus pensamientos de poco hombre, de poca personalidad... Precisamente era todo lo contrario de lo que estaba pasando, su temeridad iba a poner en riesgo en especial a él, pero a la vez a todos.

Miguel no hallaba la manera de convencerle, veía que Alberto estaba ofuscado y decidido a asumir ese riesgo, por mucho que pensaba en encontrar una salida airosa para no herir susceptibilidades y a la vez conseguir que Alberto se pusiera el arnés. Miguel no lo iba a tener nada fácil...

El resto de los compañeros no decían nada, asistían al discurrir de los acontecimientos como si estuvieran a la espera de "algo", quien sabe, quizás de una señal divina en forma de arnés que se abrochara solo al cuerpo de Alberto, o quizás una puerta "interestelar" que se abriera y engullera a Miguel para que no hablara más. Era imposible saber a ciencia cierta qué pensaban el resto del equipo, pero sí que quedaba palpable que comenzaban a impacientarse, porque daba la impresión que ni Alberto ni Miguel iban a dar su brazo a torcer.

La grúa donde Alberto quería volver a subir sin arnés es una grúa del tipo telescópica, con un brazo de veintiocho metros. Toda la grúa llamaba la atención con su color naranja ochentero chillón con letras rojas tipo colibrí. Mando tipo "hamman", con un peso de diecisiete toneladas y carga de doscientos kilos. La "genie s85" era muy usada por la brigada de trabajo, familiarizada con ella, todo el equipo la dominaba con soltura y aquello otorgaba una suficiencia y seguridad relajada peligrosa. Las sensaciones eran que aquella máquina nunca fallaba, siempre con un "feed-back" excelente, con prestaciones más que correctas. Genie s85 es un ingenio de la tecnología, trabaja en todo tipo de posiciones límite y su facilidad de manejo y envergadura la hacen perfecta para todo tipo de trabajos con mucha altura. Se podría afirmar sin dudar que las sensaciones que transmitía a la brigada era que esa grúa es un apéndice más de sus cuerpos, sin fallos, sin sensación de riesgo. Serenidad perversa que anulaba los sentidos.

Miguel y Alberto habían dejado de hablar, para un periodo de tres segundos como mínimo, quedarse aguando la mirada el uno al otro... Aquello no tenía buena pinta, o uno de los dos cedía en su empeño o no iba a tener fin...

Pedro, el más veterano del grupo, o Don Pedro como cariñosamente se le conocía en la brigada, es una persona de palabras justas, de pose serena y voz firme y clara. Hablaba poco, pero cuando lo hacía, siempre se le escuchaba. Tomó la palabra sin nadie esperarlo, dirigiéndose a Alberto y con rectitud: *-Alberto, haz el favor de ponerte el arnés si quieres subir, si no, ya me subo yo-* No dijo más, pero suficiente, rompió la baraja, activó algo en el cerebro de Alberto que le hizo cambiar. Todo el equipo se quedó mirando la reacción de Alberto, algunos esperando que cambiara de opinión, otros convencidos que nada ni nadie le haría entrar en razón, más apostantes de lo segundo que de lo primero. Pero, de haberse jugado guisantes, todos o casi todos los habrían perdido, porque lo siguiente que dijo Alberto pocos lo esperaban.

-Miguel por favor acércame mi arnés- La alegría mostrada por todos al oír aquellas palabras como maná caído del cielo, no dejó indiferente a nadie. Ni hizo falta que Miguel le acercarse el arnés, Javier, el más joven de la brigada, ya se había avanzado y le dijo a Miguel –Anda vamos, aquí tienes-

_____ Acabaron la faena en apenas diez minutos después, al finalizar ya nadie se acordaba que hubiera habido nada. Habían trabajado todos juntos y habían hecho bien el trabajo y finalizado con éxito. Miguel y Alberto bromearon luego y Alberto le pidió disculpas como sin querer pero queriendo, no volvieron a hablar del tema y se trataron como siempre. Un equipo, una brigada, un conjunto, un núcleo, eso eran, un núcleo en el que unos se preocupaban por los otros.

_____ Miguel eso sí por dentro estaba muy contento, no sólo por el trabajo, que también, sino por lo bien que se había resuelto el tema peliagudo. Aquello no sólo se había resuelto bien, sino que el grupo era más fuerte y con capacidad de corregir errores, unos velaban por los otros.

_____ La jornada había sido dura y agotadora para todos, ya recogían para volver, desmontar todo el material, dejar la obra todo bien y empezar a cargar los vehículos para la vuelta con todo el material sobrante, herramientas, epis, equipos. A primera vista parece sencillo, pero cargar adecuadamente el vehículo no es tan sencillo, debe colocarse la carga con sentido, buscando por encima de todo que la carga quede estable y a la vez ésta no se estropee, ni deje el vehículo desestabilizado.

_____ Miguel siempre trataba de recordarse así mismo regularmente -“El riesgo no perdona a nadie, seas reincidente u ocasional, con una vez que te saltes una norma es suficiente para tener un accidente”- Resonaba en la cabeza de Miguel. Podía sentirse orgulloso que nunca había tenido nada de qué lamentarse, encontraba sentido a su metodología, le daba resultados, y eso lo animaba a seguir por ese camino.

_____ Miguel se había desplazado con una furgoneta Citroën Berlingo con año y medio de antigüedad. Le era funcional y si bien a veces notaba cierta falta de espacio para carga, sí que le satisfacía la altura de la misma, sólo con un poco más de anchura cabría algún bulto más. Un buen juego de cuerdas de carga le servía para inmovilizar el material sospechoso de tumbarse o deslizarse. También ayudaba un juego de mantas para no estropear según que equipos y favorecer el movimiento de los mismos en la furgoneta si éstos eran muy pesados. Tampoco iba mal trapos grandes de algodón para cubrir a veces pequeños huecos que requerían de un extra de seguridad.

_____ Al cargar la furgoneta Miguel hacía servir el uso de guantes, pero aquella vez no estaban donde siempre, en su mochila de Epis, así que comenzó a buscarlos, podría haber cargado la furgoneta sin ellos, pero trabajar con los guantes le otorgaba mayor comodidad, seguridad y sobre todo menos riesgos de pequeños cortes. Le permitía además mejor maniobrabilidad de los bultos y equipos a cargar. Sin guantes, no pensaba trabajar. Así que no le quedaba otra que buscarlos, si en la mochila de Epis no estaba, Miguel no acertaba a recordar la última vez que los había usado, y dónde los habría dejado después de uso. Por mucho que intentara recordar no era posible hallar la forma de tener una imagen en la memoria clara y nítida de dónde estaban... Y el tiempo pasaba, tic-tac tic-tac, esa era la parte que menos le gustaba a Miguel, tener la sensación de estar gastando energía y tiempo en cosas superfluas, en cosas corregibles, pero qué iba a hacer, sino buscar dónde estaban los guantes. La otra opción no era válida y ni aceptable. Así que a sus adentros Miguel razonó y dejó de pensar en el segundero del reloj. Ello le permitió encontrar la calma, y la conexión neuronal de la sinopsis donde había guardado el recuerdo de dónde estaban los guantes. Y ya con media sonrisa dirigirse hacia el lugar que esperan... ¡Sobre el asiento del conductor! Antes de abrir la puerta del piloto ya los veía a través del cristal de la ventanilla, al final recordó dónde los había dejado.

pag. 3

No se tardó mucho en cargar toda la furgoneta, con ayuda de todos, colocando adecuadamente cada bártulo, los equipos bien protegidos, y ajustándolos los unos con los otros para quedar encajonados, pero sin estar apretados. Sólo quedaba cerrar las puertas y ponerse en marcha.

Cuando una sorpresa aguardaba, unos tubos metálicos galvanizados y herrajes quedaban pendientes de cargar. Habían quedado un poco arrinconados en la zona de material y no se habían percatado hasta el último momento. Ahora con toda la furgoneta cargada y con cada cosa en su sitio tenían que cargar este material. Para poderle hacer sitio había que descargar la furgoneta casi totalmente y volver a recolocar todo. Titubearon, pensaron, y barruntaron diversas opciones. Tenía mala pinta la cosa, porque la furgoneta ya iba muy llena. No había otra opción que descargarla y volver a cargarla adecuadamente. Cualquier otra solución sería un parche y todo el trabajo bien hecho se vería perturbado por una fruslería.

El tiempo apremiaba, Miguel tomó una decisión, quedarse a medio camino. La decisión fue medio descargar la furgoneta hasta poder hacer hueco a los tubos metálicos y herrajes galvanizados.

Empezaron a descargar con rapidez, pero comprobando varias veces si ya era suficiente para dar cabida al material olvidado. Varias veces vieron que no, pero tan pronto como vieron que era posible dar cabida al material, no estuvieron más tiempo de asegurarse que la carga quedaba bien. Volvieron a subir los bártulos descargados y en un periquete ya tenían todo cargado. Esta vez sí que no se habían olvidado nada y ya podían tomar la marcha de vuelta a la empresa.

Miguel buscó la llave de la furgoneta, y justo cuando estaba sacándola de uno de los bolsillos exteriores del pantalón, mientras abría la puerta del conductor, al mirar dentro, le invadió un escalofrío ante lo que vio: un tubo galvanizado de 7 cm de diámetro cruzaba desde la parte de atrás de la furgoneta y se asomaba como si nada a los pies del asiento del conductor. Esto impedía gravemente tener una conducción segura, técnicamente se podría conducir, pero con incomodidad y mucho riesgo. Porque además no se garantiza que no vaya a moverse el tubo. La carga había sido mal colocada, Miguel se paró, pensó, y después de mirar y remirar los pedales del vehículo, decidió que podía conducir sin demasiados inconvenientes.

Eso parecía de buen principio, tras arrancar e incorporarse a la carretera, Miguel aunque mirando de reojo a aquél tubo galvanizado, conducía con relativa comodidad. Total, pensaba Miguel, sólo eran unas decenas de kilómetros. Su subconsciente le daba voces internas de alarma, voces internas que hablaban y le decían que debía parar; poner la carga en posición adecuada y tras comprobar que todo estaba bien, reanudarla con plenas garantías de seguridad. Esas vocecillas se iban oyendo cada cierto tiempo, pero rápidamente Miguel trataba de quitarle importancia, él les respondía que sólo eran unos cuantos kilómetros, que antes de que se diera cuenta ya estaría en el almacén de la empresa y descargando todo el material que llevaba. Era sólo cuestión de un momento...

Y justo en medio de ese momento, al girar una curva, un tractor se había incorporado a la calzada sin visibilidad y sin dejar espacio, la frenada a fondo de la furgoneta de Miguel para evitar el encontronazo era indispensable, y eso hizo Miguel con todas su fuerzas, apretar a fondo el freno y evitar que la furgoneta volcase manteniendo el volante firme sin dar volantazo. El susto fue morrocotudo, los frenos habían funcionado sin fallo alguno, y el tractor que había seguido su marcha no había sido alcanzado, la furgoneta estaba intacta, olía a neumático quemado, pero era tan sólo de la frenada, también había calado el vehículo, sin mayor transcendencia. Todo parecía estar bien.

pág. 4

Miguel tras el susto, volvió a arrancar el motor y se disponía a emprender la marcha metiendo primera. Cuando justo en ese instante el pié derecho con el cuál había frenado a fondo estaba sangrando abundantemente, ensuciaba sin disimulo el suelo, y el bajo del pantalón, así como la bota de seguridad estaban manchados de sangre. Con la mano derecha bajó a tocárselo y ya bajando notó el dolor. Lo que vio no le gustó, el tubo galvanizado con la salvaje frenada le había rasgado parte del pantalón y le había herido en la parte baja trasera de la pierna derecha, dejando una brecha no muy grande, pero sí suficiente para que fuera escandaloso, pero por suerte superficial. No era nada reseñable, sólo un susto, pero aquella carga mal colocada y si la mala suerte se hubiera cebado, en vez de pasar el tubo rozando, hubiera impactado de pleno, quizás ahora no sólo sería una brecha pequeña.

Había un camino de servicio a pocos metros más adelante, y Miguel se dirigió para allí poderse curar y con ayuda de los compañeros descargar y cargar adecuadamente la furgoneta.

El riesgo no perdona a nadie, seas reincidente u ocasional, con una vez que te saltes una norma es suficiente para tener un accidente.

A Miguel se le repetía una vez tras otra en la cabeza sus propias palabras que ironías del destino, no había cumplido por una vez. Lección aprendida, y Miguel no olvidaría nunca para bien ese episodio de su vida. Y ni mucho menos olvidaría ese primer día de trabajo. Por suerte estaban allí sus compañeros para curarle y animarle. El aprendizaje fue para todos.